

AJA SÁNCHEZ, José Ramón; CISNEROS CUNCHILLOS, Miguel y RAMÍREZ SÁDABA, José Luis (coords.) (2008): *Los cántabros en la Antigüedad. La Historia frente al Mito*. Santander.

Pocas veces, como en esta ocasión, un título expresa tan bien las intenciones de los autores de la obra; asimismo, pone de manifiesto cuál fue el escollo principal que ante un empeño como éste hay que sortear y que, en el caso del estudio de los antiguos habitantes de Cantabria, es un doble problema que comienza por la mitificación a la que —muchas veces por simple desconocimiento y otras por inevitable comodidad simplificadora— recurren los autores de las fuentes literarias, que aportan una visión exclusivamente romanocéntrica e inevitablemente parcial del proceso de ocupación y conquista del territorio, y continúa con la mitificación que una cierta historiografía histórico/arqueológica produjo, abonada unas veces por una proverbial falta de datos y animada en otras por conceptos e intereses que poco o nada tienen que ver con la Historia, cuando no por un cierto continuismo basado en criterios de autoridad o en la comodidad didáctica y discursiva que esa estabilidad de modelos estereotipados propicia.

Ésos eran los problemas generales y la obra intenta resolverlos desde una declaración de intenciones inicial realizada por los coordinadores, pasando por un necesario encuadramiento geográfico y ambiental del territorio, una historiografía clara y completa, una indagación de los escasos datos disponibles sobre la situación de los cántabros antes de la conquista romana, un análisis del proceso de las Guerras Cántabras y su significación tras la ordenación del territorio después de las mismas. Ahondan también la docena de autores de varias universidades que participan en la obra en las transformaciones administrativas, económicas, urbanísticas, sociales y religiosas que se producen: las cosas que cambian, y cómo no, las que cambian menos. La obra termina con un esbozo de la situación de Cantabria durante la Tardoantigüedad, el análisis de un yacimiento emblemático como Amaya a la luz de los últimos datos arqueológicos, y un breve y sugestivo capítulo final a propósito del tránsito del territorio desde fines del siglo VIII —momento en el que se produce la llamada por los autores “revelación documental” de fuentes procedentes de los cartularios— hacia la Alta Edad Media, analizando la procedencia y filiación

de los rasgos estructurales que esta nueva documentación proporciona.

Se trata de una obra completa y coherente que se convierte enseguida en un punto de partida para ir más allá. Lo es en los casos en los que los únicos avances concebibles en el futuro vendrán al producirse los progresos conceptuales que permitan una interpretación más clara —o ajustada a la realidad pasada— de lo que unas fuentes literarias, siempre parcas e imprecisas, dicen o quisieron decir. De cómo se puede traducir el empleo de esa estereotipada retórica de la alteridad —que convierte al enemigo cántabro en un bárbaro cruel y dotado de una valentía insensata y bestial— en términos de datos históricos más o menos neutros o despojados de toda manipulación deformadora, ya sea ésta intencionada o involuntaria. También reflexiona a propósito de la impotencia de las fuentes literarias, por sí solas, para reconstruir el proceso de movimientos de tropas y el escenario de las Guerras Cántabras, sin el concurso de unos datos arqueológicos que poco a poco empiezan a constituir el núcleo de la evidencia; o sobre las alternativas tomadas por cada uno de los pueblos cántabros ante el poder de Roma y el abandono del modelo explicativo de resistencia unitaria y unánime ante el enemigo invasor.

También invita este libro a convertirse en un punto de partida a la hora de analizar los problemas arqueológicos, que son muchos. Indudablemente, los mayores avances en nuestro conocimiento de estos Pueblos del Norte, a los que los cántabros pertenecieron, se producirá, qué duda cabe, de la mano de los datos arqueológicos emergentes, por más que muchas veces las características histórico/arqueológicas objetivas deducidas de estos *disiecta membra* repartidos por todo el territorio cántabro sea decepcionante. Este trabajo intenta superar —y eso ya es mucho, aunque el trabajo para el futuro también— la sensación de *horror vacui* que producen esas listas de castros que parecen llenar completamente el espacio cántabro de sentido y estructura, pero que, si se analizan detenidamente, individuo a individuo, ponen de relieve inmediatamente que nos encontramos caminando muchas veces en el vacío más absoluto, en el terreno movedizo y estéril de las suposiciones y especulaciones. La caracterización de los yacimientos: ése es el primer problema que aparece de la mano de unos contextos difíciles de interpretar por su más que probable parquedad material, la escasa visibilidad a la prospección arqueológica,

la falta de estudios y la consideración, hasta tiempos muy recientes, de esas entidades como individuos aislados, y no como sujetos interrelacionados unos con otros y vinculados a un espacio concreto, a un territorio, que los define y justifica. Es éste un camino a recorrer todavía largo, pero, en cualquier caso, factible y, por lo tanto, esperanzador que comienza con la “Relación (con mapa) de las deficiencias de documentación de los castros de la Edad del Hierro o de la Segunda Edad del Hierro, dada la ambigüedad del discurso tradicional, y manteniendo las cautelas debidas: el mismo yacimiento repetido con varios nombres, indefinición cronológica, carencia de datos contrastables que deben ser aceptados por el principio

de autoridad, ya en desuso hace décadas en arqueología, etc., que habrá que ir clarificando en el futuro” (p. 16)

Se trata, en resumen, de una buena obra que da una visión general del problema de los cántabros en la Antigüedad y que llega hasta allí adonde se puede ir sin especular lo más mínimo. Su virtud principal, posiblemente, es la de poner en orden en lo que sabemos y lo que no sabemos, lo que es posible que deduzcamos algún día y lo que será más difícil de dilucidar y, sobre todo, cuál es el camino y lo que se puede hacer para saber más.

*José Rodríguez Hernández*